

INTRODUCCIÓN

Sobre la posibilidad de utopía

Parece imposible lanzar una mirada supuestamente informada a un mundo conectado e infectado sin rematarla con un juicio pesimista. Y si, además, pretendemos analizar tendencias emergentes antes y después de la pandemia, la posición crítica suele impregnar, casi sin excepción, el discurso de quien habla y los oídos de quien escucha. Cualquier otra premisa es calificada de ingenua, superficial o interesada. Es más que probable que también este mismo texto, a lo largo de sus páginas, caiga en el desaliento y que las cuestiones que se aborden dibujen un panorama oscuro. Pero no deberíamos olvidar el otro eje que nos articula, el que da sentido a la belleza del mundo y marca los límites de lo real condicionado por esas expresiones de lo humano entre las cuales oscilamos: el placer y el dolor, la risa y la angustia, Eros y Tánatos. A la hora de pensar en el mundo en que vivimos, hace falta una gran dosis de optimismo para no caer en un discurso apocalíptico que nos lleve a claudicar, a renunciar a cualquier horizonte de luz que se pueda concebir para el futuro inmediato o a medio plazo. Y me temo que ese horizonte se vislumbra más lleno de angustia que de risa cuando lo analizamos desde la información que nos presentan los medios de comunicación o las redes sociales, desde el análisis político, desde una perspectiva económica, demográfica o ecológica y, más aún, tras la extenuante experiencia planetaria vivida desde comienzos de 2020. Pero hemos visto que tampoco se pueden desestimar los placeres simples y las satisfacciones que nos aporta la inventiva de tantos, la expresión creativa y los avances que se incorporan a lo humano, aunque el énfasis deba estar en lo que nos queda por

hacer, porque, seguramente, podemos construir otra cosa con lo que tenemos disponible.

Para emprender esta incursión por la cultura de las pantallas recurro a mi fascinación por la imagen, que me acompaña desde que tengo memoria. Espoleado por ese deseo, inicié ya hace años una carrera profesional en medios audiovisuales, que ha corrido paralela a un afán por entender algo del mundo en el que nos ha tocado vivir, recogido en diversos intentos de escritura. Me sitúo, pues, en la posición de afectado por esta cultura electrónica que impone su poderío e inunda nuestra cotidianidad con el pálido resplandor de su luz ubicua. Pero también acudo a la filosofía, el psicoanálisis y el arte como recursos para abordar las malas noticias que se han acumulado acerca de la crisis del sujeto, su lugar en el mundo y su indefensión ante la amenaza de muerte.

En relación con las grandes decepciones de las que nos alerta el pensamiento, ya el análisis freudiano nos sentenció al comunicarnos, entre irónico y categórico, que el plan divino se había olvidado de incluir la idea de la felicidad humana. Para contribuir a esa infelicidad, fuimos heridos en nuestro narcisismo por los descubrimientos de Copérnico y de Darwin, excluidos del centro del universo y desposeídos del origen divino, y luego, fueron las aportaciones del propio psicoanálisis las que nos alertaron de que el sujeto del inconsciente no es dueño ni siquiera de sí mismo. Más tarde supimos con Lacan que la falta es básica, que la carencia nos es constitutiva y que sentir ese vacío es inevitable, aunque deje abierta la posibilidad de que esa resta también sume. Y, en consecuencia, a partir de estas advertencias, debemos tener en cuenta, como precisa Jorge Alemán,¹ que no se puede pensar en ningún proceso de transformación política sin tener en cuenta esta condición del sujeto. Pero incluso así, quizás aún haya margen para otra lectura y otra posibilidad. Como dice Alemán, el veredicto respecto a la entrega del sujeto al neoliberalismo aún deja un margen para encontrar puntos de fuga: no es un crimen

¹ ALEMÁN, Jorge. *Horizontes neoliberales en la subjetividad*, Buenos Aires, Grama, 2016.

perfecto, todavía es posible evitar la siguiente catástrofe, todavía existe la posibilidad de utopía.

El desgaste de los ideales y el desencanto de las creencias fueron compensados con altas dosis de disipación, entretenimiento y consumo; un modo de vida que encontraba en las pantallas la interfaz perfecta para este *sujeto consumiso*, que vivía ajeno a la posibilidad de que su mundo sucumbiera presa de un virus. Con el deseo abotagado, enterrado bajo montañas de productos, marcas y servicios, y reexcitado por el reclamo permanente del ideal publicitario, que nos hace fantasear con un paraíso siempre más perfecto que el mejor de los universos posibles, nos resignábamos a vivir en un mundo para el que nos habían dicho que ya no había alternativas. Víctimas y parte de un consumo que no sacia, que nos extirpa la voluntad y nos hace creer que elegimos, empecinados en perseguir la liebre mecánica como una jauría de galgos girando en el canódromo, cegados por una voracidad insaciable y manipulados por el espectáculo, hemos perdido la capacidad de decidir, entregándonos a una comunión con el consumo y a una sumisión compartida: abrazamos la *consumisión*, un término que pretende definir ese estado de renuncia al pensamiento utópico o a la elaboración poética compensándolo con la conquista de una mayor cuota de acceso al mercado. Ese pacto íntimo nos sirve nada más y nada menos que para continuar ignorando lo que no sabemos de nosotros y, a la vez, intentar aumentar nuestro bienestar premiándonos con objetos.

Las decepciones acumuladas y el descrédito de lo político apenas dejan resquicios de fe en la condición humana, pero precisamente por eso, ahora más que nunca, pensar la utopía, concebir otras formas de vivir, sigue siendo tan imprescindible como cuando Tomás Moro publicó su texto seminal hace quinientos años. Tan imprescindible, sin duda, pero mucho más complicado, tras cinco siglos de historia política que han constatado la imposibilidad que ya anuncia su propia etimología. No se trata solamente de evidenciar la dificultad para llevar a la práctica lo que la teoría describe como una sociedad ideal, sino la propia incapacidad para consensuar qué se entiende por *ideal* y el calibrado de las distorsiones, deformaciones o incluso aberraciones

que van adheridas a ese constructo político. Los umbrales de horror extremo que ha atravesado la humanidad, algunos de ellos alojados en sistemas políticos de inspiración utopista, han dejado poco espacio para la reivindicación de los ideales puros. En el momento actual, en el que hemos decidido canjear libertad por seguridad, cuando la decepción política convive de forma cotidiana con unas ideologías agotadas, en el que las leyes del capitalismo salvaje imperan con sus tendencias globales incluso sobre la voluntad de los gobernantes, en el que el fin de la historia ya ha sido anunciado demasiadas veces, resulta anacrónico plantear cualquier posibilidad teórica que vaya más allá de la *realpolitik* que se nos impone con su evidencia arrolladora. Pero ¿es verdaderamente posible prescindir del pensamiento utópico? Habría que plantearse si el hecho de que varíen los contextos sociales, económicos, culturales o sanitarios puede afectar a la aspiración de soñar otros mundos posibles, si ese sueño utópico ha sido extirpado de raíz y si forma o no parte de la esencia humana.

Para ilustrar estas ideas, es interesante observar la obra del artista urbano y diseñador americano Shepard Fairey, creador de una imaginería rescatada de los carteles de propaganda política de mediados del siglo xx y de un icono inspirado en el luchador y actor francés André le Géant, acompañado de la consigna ubicua *obey*. Fairey alcanzó también especial notoriedad con el cartel que lanzó en 2008 con la famosa imagen de Barack Obama compuesta en azul y rojo y la palabra *hope*, que se convirtió en el emblema de la campaña demócrata de ese año. La propuesta de Fairey resulta especialmente apropiada a la hora de abordar el tema de la utopía, porque esta se mueve también entre la esperanza y la obediencia, dos conceptos que se colocan en lo más alto del ideario de muchas utopías, que se articulan entre ese espectro que va desde la ilusión y el deseo de cambio hasta la predisposición a ceder el poder a un líder al que seguir de forma acrítica. Estos dos conceptos se elevaron durante la emergencia sanitaria a imperativos categóricos para orientar la conducta de una gran mayoría desconcertada, que se entregó a la obediencia de reclusión para recuperar la esperanza de futuro.

Con la palabra *obey*, Fairey ha sabido cristalizar el elemento común que comparte la propaganda política de todas las tendencias. Y quizás por eso, su trabajo político se ha convertido en un epifenómeno de nuestra época, inundando carteles, camisetas y gorras de unos jóvenes que lo adoptan casi sin saber la carga de profundidad que encierran esas cuatro letras. O quizás, de algún modo, sí lo saben. El otro término popularizado por la propaganda de Fairey junto a la imagen de Obama es *hope*. Ese concepto es lo suficientemente potente como para servir de material de trabajo a uno de los máximos representantes del *street art* contemporáneo o como para haber inspirado uno de los pasajes más emblemáticos de la gran tradición musical occidental. Así, en el texto de la ópera de Puccini *Turandot*, el primero de los tres enigmas que plantea la princesa china al héroe Calaf para salvar su vida y ganarla como esposa es la descripción codificada de la esperanza, que dice así:

En la oscura noche vuela un fantasma iridiscente. Se eleva y despliega las alas sobre la negra e infinita humanidad. Todo el mundo lo invoca y todo el mundo lo implora, pero el fantasma desaparece con la aurora para renacer en el corazón. ¡Y cada noche nace y cada día muere!²

Cuando Calaf resuelve este primer acertijo que lo acerca a su objetivo de conquista, *Turandot* remata, rotunda: «¡Sí, la esperanza que siempre decepciona!». La princesa china nos advierte que el eco piadoso de la palabra *esperanza* resuena a estrategia de distracción para mantenernos paralizados, esperando en vano una promesa que no se cumple, sin activarnos para dar lugar a otros mundos ni reivindicar el protagonismo o la visibilidad de los excluidos de un mundo que ya está aquí.

Aunque no se colme, la posibilidad de creación y transformación, como el deseo, es inasequible al desaliento, o debe serlo, en un mundo que se diga humano. Así, la posibilidad debe tomarse

² PUCCINI, Giacomo. *Turandot*, Acto II. Libreto de Giuseppe Adami y Renato Simoni, basado en la obra teatral homónima de Carlo Gozzi.

como postulado al modo kantiano para que la aspiración de rescatar otro mundo no se desvanezca. Desde ahí se escribe este texto, desde la idea de poder hacer algo con lo que han hecho de nosotros. Para ello, inevitablemente, tendremos que hacernos conscientes de lo que somos, de cuál es nuestra posición, en la medida en que eso sea posible como sociedad y como sujetos. O al menos, apuntar algunos rasgos destacados que van configurando una nueva subjetividad, los atributos más contemporáneos de nuestra identidad, nos gusten o no, para, a partir de ahí, poder trabajar con ellos.

La posibilidad de poesía pudo sobrevivir al Holocausto, contradiciendo lo que había proclamado Adorno, como él mismo reconocerá años después de lanzar esa idea, cuando rectifica para decir que «el sufrimiento perenne tiene tanto derecho a la expresión como el martirizado a aullar, por eso quizás haya sido falso que después de Auschwitz no se puede escribir ningún poema».³ El arte abre la posibilidad de dar testimonio de lo que acontece y de transformarlo por el mero hecho de enunciarlo. Es la poesía entendida como resistencia y como reexistencia, como manera de dar voz a los actores sin palabra, como afirma Rancière, para que reclamen su espacio en el escenario político o, mejor aún, para que puedan construir el suyo propio.

Todavía cabe albergar la idea de pensar que somos capaces de sobreponernos a cualquier espanto, a cualquier pandemia, a todo pandemónium. Aunque eso no nos protege contra el riesgo de que, mientras tanto, arrasemos con media humanidad o con la mitad de lo que nos hace humanos. El riesgo es permanente, pero la posibilidad aún late con fuerza porque tenemos más herramientas que nunca para cambiar lo que necesita ser cambiado y más evidencias que nunca de que las transformaciones son posibles cuando nos embarcamos todos en el proyecto, aunque sea de modo transitorio. El poder de lo humano nunca había llegado tan lejos, nunca había sido tan ubicuo, magnificado por esos superartefactos capaces de sincronizarnos y cambiar vidas y que

³ ADORNO, Theodor. *Dialéctica negativa: la jerga de la autenticidad*, Madrid, Akal, 2005.

tienen, muchas veces, forma de pantalla. Con ese poder habrá que aspirar a abrir frentes de resistencia activa ante el efecto alienante de la imagen que nos contagia con su discurso, casi siempre epidérmico, desde que aprendemos a abrir los ojos; a construir espacios de defensa de la subjetividad ante la oleada hipermoderna de objetos de consumo y de imperativo de goce; a geolocalizarnos emocionalmente en el entramado de estímulos y deseos para llegar a descifrar lo más propio de nosotros mismos y encarnar un Γνῶθι σεαυτόν [conócete a ti mismo] posttecnológico y pospandémico. Dar entrada a algo del saber no sabido pasa por averiguar, hasta un punto, si queremos lo que deseamos, si lo que impulsa nuestras vidas ha sido elegido o sobrevenido, y por tomar consciencia de si estamos viviendo existencias auténticas, en el sentido heideggeriano, enfrentándonos a la angustia que me produce el hecho de saber que nadie puede morir por mí.